SOLO LIBROS / reseñas

SANTIAGO CABRERA HANNA, EDITOR. *LA GLORIOSA, ¿REVOLUCIÓN QUE NO FUE?* QUITO: UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR/
CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL, 2016, 270 PP.

Revisar y reflexionar a la luz de nuevas interpretaciones teóricas y conceptuales, además de incorporar perspectivas de análisis y documentación inédita, hechos que han marcado y trascendido el proceso social y político de un pueblo, constituyen acciones necesarias en cualquier área del saber, en este caso de la historia. Este sería el propósito del libro editado por Cabrera Hanna en torno a los sucesos del 28 de mayo de 1944 en Ecuador, mejor conocido como *la Gloriosa*.

El texto en cuestión es el resultado de un evento académico llevado a cabo entre los días 27 y 28 de mayo de 2014, en las instalaciones de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, y organizado por el Área de Historia. En esta oportunidad se dieron cita intelectuales y académicos bajo el propósito de disertar en torno al debate titulado “A setenta años de la Gloriosa: la revolución que no fue”. La exposición fue variopinta y destacó por el carácter transdisciplinario de los integrantes, entre ellos Enrique Ayala Mora, Fernando Balseca, Marc Becker, Valeria Coronel, Carlos de la Torre, Hernán Ibarra, Catalina León Galarza, Fernando López Romero, Patricio Moncayo, Pablo Ospina Peralta, Germán Rodas Chaves, Silvia Vega Ugalde y Raúl Zhingre.

La Gloriosa contó con el liderazgo de José María Velasco Ibarra en lo que sería su segundo retorno a la palestra política, bajo la coalición de partidos y demás sectores sociales representados en la Alianza Democrática Ecuatoriana (ADE). La primera parte del libro lleva por título “Participación social” y empieza con el aporte de Ayala Mora, quien resalta los hechos más notorios que caldearon los ánimos de la población hasta terminar en la revuelta del 28 de mayo que puso fin a la hegemonía de los liberales. Por su parte, León Galarza desarrolla una exposición sobre el papel de los colectivos femeninos en dichos acontecimientos a través de la Alianza Femenina Ecuatoriana (AFE), esta destaca el rol que desempeñaron las mujeres como parte de los altos niveles de politización de la sociedad y de liderazgos claves como el de Nela Martínez Espinosa y María Luisa Gómez de la Torre. En este aspecto se

nota claramente la intervención de la izquierda por generar un rol más activo de igualdad y participación de la mujer en Ecuador, incluyendo el reconocimiento de las bases indígenas; ambos operaban no solo en las ciudades principales sino en el interior de las provincias.

Otro sector que irrumpe organizadamente es el de los estudiantes; según López Romero, la participación de la Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador (FEUE) es clave en el apoyo concedido a Velasco Ibarra, al igual que lo hicieran los conservadores y los movimientos de izquierda, a través de ADE en procura de la democratización del Ecuador. La revisión documental, desde una perspectiva desapasionada y sin la acusación de traición por parte del líder populista a la causa de ADE, es uno de los aportes más iluminadores en este análisis. Uno de los objetivos de Coronel es recuperar el expediente de la izquierda y la manera cómo esta fue elaborando una trayectoria que se remonta a los años veinte con la Revolución juliana, sobre todo mediante las reformas a las leyes de la tenencia de tierra y la fundación en 1925 del Ministerio de Previsión Social y Trabajo (MPST) que permitió la irrupción de funcionarios públicos vinculados a la izquierda, con un nivel de reconocimiento hacia las organizaciones campesinas y los litigios que estos mantenían en contra de los terratenientes. Todo lo anterior demuestra que la izquierda ecuatoriana había adquirido una fuerza política que no puede ser subestimada en los acontecimientos que dieron lugar al derrocamiento de Arroyo del Río; además, evidencia la manera cómo se impidió una serie de reformas sociales sustanciales debido al alcance de la embestida contrarrevolucionaria apoyada por una geopolítica propia de la segunda posguerra, período mejor conocido como Guerra Fría.

La segunda parte responde al estudio de los "Actores políticos". La participación de los conservadores es quizá uno de los aspectos más interesantes si tomamos en cuenta que la Gloriosa tenía como principal propósito la modernización del Estado ecuatoriano. El Partido Conservador, en palabras de Zhingre, mostró una alineación de sus presupuestos ideológicos con los intentos modernizadores, y para ello se valió de la Doctrina Social de la Iglesia católica. Así, los conservadores irrumpieron con fuerza en esta dinámica y mostraron una agenda propia sin necesidad de emular los intentos de la izquierda a la que usualmente se le adjudica el protagonismo en las demandas de la sociedad. De acuerdo a lo anterior, el Partido Conservador sería un actor preciso y oportuno en la reconciliación nacional iniciada en las jornadas de mayo de 1944, entre otras cosas porque las Fuerzas Armadas así lo interpretaron y por ello mantuvieron una alianza estratégica que procuraba poner freno a las iniciativas emprendidas por los partidos y demás coaliciones de izquierda, como la del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE).

Ospina Peralta identifica en el contexto de la Guerra Fría, y de acuerdo a la política estadounidense de mantener al margen la influencia soviética

en el continente americano, a las Fuerzas Armadas del Ecuador como un pivote en el apoyo a los conservadores; en efecto, el ejército prestó apoyo para romper con la tradición de beligerancia política que las caracterizaba y así retomaron el trabajo imperativo de fortalecer la capacidad de vigilancia y protección del territorio nacional, luego de la pérdida sufrida en la guerra contra el Perú y la ignominia del Protocolo de Río de Janeiro suscrito en 1942. En pocas palabras, la unión de las Fuerzas Armadas y el Partido Conservador fue de compromiso mutuo, además de un pacto tácito para impedir el ascenso político de la izquierda. La mirada atenta sobre las actividades de la izquierda en Ecuador estaba acompañada por el espionaje de las agencias de inteligencia de los Estados Unidos, asunto examinado por Becker en este debate, quien afirma que desde los años treinta el *Federal Bureau of Investigations* (FBI) enviaba reportes sobre el particular directamente a la oficina del director J. Edgar Hoover. Sin embargo, mucha de la información que se precisa en esos informes de inteligencia estaba más relacionada con los desenfrenos anticomunistas de la mirada de Hoover que con la situación real del Ecuador.

Rodas Chaves sugiere que el PSE y el liderazgo de Manuel Agustín Aguirre estuvieron presentes desde temprano en la oposición al régimen de Arroyo del Río, también se integró a la convocatoria de ADE sin dejar de solicitar a Velasco Ibarra las condiciones necesarias para que el partido apoyara su candidatura. Pronto el representante del PSE se dio cuenta de que su partido sirvió como parte de la coalición para derrocar a los liberales pero no en la rearticulación del nuevo gobierno; así fue como los socialistas de entonces empezaron a engrosar las filas de la disidencia contra el velasquismo.

En la última parte del libro se exponen varios temas bajo el título “Revolución, populismo y representaciones”. Para Vega Ugalde, referencia obligatoria del tema en la historiografía ecuatoriana, la Gloriosa tuvo todas las condiciones para ser una revolución, debido a la trayectoria de presión social que venían desarrollando los campesinos, grupos indígenas y los sectores obreros pertenecientes a los núcleos urbanos, en donde la intelectualidad de izquierda también formó parte significativa; aunque no hayan triunfado en el objetivo de transformar el Estado sí cuenta el aprovechamiento de la coyuntura para visibilizar su fuerza en el espectro político de modernización, todo esto a pesar de Velasco Ibarra y la manera cómo este capturó las demandas populares para reinscribirla en un uso discrecional del poder. En una tónica similar, Ibarra, por su parte, hace un balance positivo de las jornadas de mayo al confirmar que fue un evento trascendente en el proceso de democratización del Ecuador, sobre todo por la diversidad de actores que participaron en él.

Los recursos teóricos de las ciencias sociales y políticas son utilizados en los aportes de Moncayo y de la Torre. Este último retoma el análisis del

populismo latinoamericano para explicar la acción política de Velasco Ibarra y, al mismo tiempo, enmarcarla dentro de un proceso complejo de liderazgo carismático y ejercicio autoritario del poder. Para Moncayo el resultado contradictorio de la Gloriosa tiene que ver con la inestabilidad sufrida desde los inicios del siglo XX que desembocaron en una falta de institucionalidad y sin que lo jurídico tuviera realmente impronta en la cultura política de los ecuatorianos; de esta manera, la insurrección popular termina siendo una disputa por la representación.

Finalmente, la participación de Balseca Franco apela a la imagen de la Gloriosa que los intelectuales y escritores de izquierda dejaron a la posteridad en las páginas de la ensayística y de la ficción. Para ello describe los contenidos de algunas obras de Leopoldo Benites Vinuesa, Pedro Jorge Vera, entre otros, en torno a una representación melancólica donde se refleja el desaliento de una generación que apostó a la transformación real de la sociedad ecuatoriana sin obtener los resultados por los que tanto habían luchado. Esta visión pesimista fue asumida por las siguientes representaciones de intelectuales comprometidos y reproducida en la literatura; de esta manera una idea generacional se hizo moneda corriente en la comprensión de un proceso complejo que en verdad requiere una revisión conforme a los postulados e inquietudes más contemporáneas.

Andrés Pérez Sepúlveda
Universidad de las Américas (UDLA)

SERGE GRUZINSKI. *¿QUÉ HORA ES ALLÁ? AMÉRICA Y EL ISLAM
 EN LOS ALBORES DE LA MODERNIDAD.* CIUDAD DE MÉXICO:
 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 2015, 194 PP.

En esta obra, Gruzinski se pregunta por el surgimiento y desarrollo de una “conciencia-mundo” durante la primera modernidad. A lo largo de los nueve capítulos, más la introducción y la conclusión, el autor aborda el problema desde perspectivas que se podrían denominar micro y mesohistóricas. Aunque *¿Qué hora es allá?* se atiene a las expectativas respecto a lo que ha de ser un trabajo histórico profesional, su aparato crítico comedido, así como su tono ágil y accesible, hacen de esta obra una lectura amena para los no especialistas.

El autor procede a realizar un estudio focalizado en dos fuentes: el *Tarih-i Hind-i garbi* (“Historia de la India del oeste”) y el *Repertorio de los tiempos*. La primera es una crónica sobre la conquista española de América redactada por un autor desconocido en Estambul hacia 1580; y la segunda, escrita por Heinrich Martin en México y publicada en 1606, una obra de alcance enciclopédico

en la que se dedican un par de capítulos a la historia y la “geopolítica” del Imperio otomano. Si bien a primera vista estas dos fuentes no se relacionan directamente, como tampoco lo hacían la Nueva España y Turquía en el período en cuestión, una lectura en conjunto permite entrever el surgimiento de un interés por *el otro*, tanto desde el ámbito turco/islámico como del ibérico/americano. Que el anónimo de Estambul reaccione frente al significado del aislamiento del Nuevo Mundo respecto del islam, y a la incapacidad del saber musulmán previo para incluirlo en su concepción tradicional de la realidad, así como el que Martin introduzca la historia otomana como apoyo a su lectura en clave astrológica de la historia y su porvenir, son síntomas de cómo en ambas sociedades *las cuatro partes del mundo* componían un imaginario colectivo.

Si bien el tipo de problemática planteada por el autor, y consecuentemente el tipo de preguntas que le plantea a sus fuentes, resulta de alcance global, en principio no recurre a generalizaciones totalizantes a modo de procedimiento explicativo. Parte fundamental del esfuerzo de contextualización de los dos textos es el análisis biográfico de sus productores, indudablemente especulativo en el caso del anónimo turco. El recurso permite a Gruzinski introducir a los lectores a un nivel de reflexión referido al “utillaje mental” de aquellos sujetos provenientes tanto del ámbito occidental como islámico, particularmente preocupados por las cuestiones históricas y geográficas. Es de destacar la puesta en evidencia de cómo, a pesar de la notoria divergencia entre los saberes islámicos y cristianos, se puede constatar que el sustrato clásico grecolatino que servía de base a ambos, permitió la consolidación de visiones del mundo que no eran del todo incompatibles.

El interés por el otro que empieza a hacerse patente en la obra de historiadores, geógrafos y demás letrados de este período aparece como resultado de las preocupaciones más prosaicas sobre las riquezas y las posibilidades de comercio con tierras y naciones distantes, y también proviene de una verdadera voluntad de saber. Las redes de intercambio de conocimientos geográficos e históricos que se establecieron en este momento superaron fronteras estatales, lingüísticas y religiosas. Resulta sorprendente cómo, a través de los intermediarios italianos, las obras de los cronistas españoles de Indias se hacían accesibles a lectores otomanos y cómo el atlas de Abraham Ortelius contribuyó a generar una conciencia mundo en un público multiconfesional. México y Estambul fueron puntos privilegiados en el entramado de estas redes de intercambio debido a que funcionaron como puntos de encuentro entre diferentes sociedades.

La problemática tratada, enmarcada en el ámbito de la primera modernidad, con diferentes niveles de escala de análisis permite ubicar a *¿Qué hora es allá?* en el seno de una de las alternativas historiográficas que se han generado en el campo de la *world/global history*: la “Historia conectada”. En una

recensión escrita por Gruzinski sobre el libro *Histoire du monde au XVe siècle*, obra colectiva dirigida por Patrick Boucheron y publicada en 2009, se hace referencia a este procedimiento historiográfico: “se puede igualmente hacer la elección por la historia global adoptando aproximaciones todavía poco frecuentadas por los historiadores. Así, la lectura del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo desde Estambul no desecha ni nuestros clichés ni nuestros reflejos de historiadores europeos, empero, el ejercicio nos obliga a dar ‘un paso al lado’ distanciándonos a la vez de Europa y del Nuevo Mundo, como lo hemos intentado en una obra reciente”.¹

Un “paso al lado” es la analogía sobre el método a seguir en esta práctica historiográfica, enunciada originalmente por Sanjay Subrahmanyam, quien también propuso la noción de historia conectada, aparecida en la última década del siglo pasado, un tipo de escritura de la historia que reaccionó al eurocentrismo que caracterizaba gran parte de los trabajos escritos desde la perspectiva de la historia global. Como enuncia Subrahmanyam, sus proponentes buscaron romper los marcos de análisis de escala nacional o imperial que han servido de base para los trabajos históricos, resaltando las diferentes interacciones entre las micro y macrodinámicas que se desarrollan dentro y entre diferentes sociedades. En la práctica, la historia conectada no se trataría de la observación de los mismos problemas que se han trabajado desde otras tradiciones historiográficas en otras escalas, sino de “dar un paso al lado” de forma que se pueda inquirir el pasado desde perspectivas diferentes. Este proceder es el que adopta Gruzinski en *¿Qué hora es allá?*

Es importante mencionar que la Historia conectada procede alternativamente en el campo historiográfico al proponer una visión crítica de las “metanarrativas” de la modernidad occidental. A diferencia de las tendencias que, *grosso modo*, se pueden denominar posmodernistas radicales, que han adherido a las consecuencias más extremas del giro lingüístico y del constructivismo, la historia conectada se mantiene entre los límites de la práctica histórica profesional, tal como es entendida hoy en día. Sin embargo, como sucede con todas las variedades de escritura de la historia, esta también puede ser sometida a crítica. Por ejemplo, Francois Hartog considera que no existe una historia global definitiva que pueda servir de referente, las redes de conexión dependen del tipo de problemática planteada por el historiador.² Si bien esta situación es análoga a todos los tipos de escritura de la historia (el pasado no habla con voz autónoma sino que responde a las preguntas que se le plantean), la perspectiva macro de la historia conectada

1. Serge Gruzinski, “Faire de l’histoire dans un monde globalisé, *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 66 (2011): 1090.

2. François Hartog, “De l’histoire universelle à l’histoire globale?”, *Le Débat* 154, n.º 2 (2009): 65-66.

podría conducir a una reificación de los argumentos del historiador, cosificación que va en contravía del cuidadoso y crítico tratamiento de fuentes, así como del sutil cambio de escalas de análisis que, por lo menos en el caso que nos ocupa, practica el historiador conexionista.

De todas maneras, *¿Qué hora es allá?* ilumina de manera novedosa el proceso de formación de la conciencia-mundo al establecer relaciones inesperadas entre los contextos americanos y musulmanes. Gruzinski logra formular una argumentación coherente y persuasiva en torno a su hipótesis sobre el surgimiento de una conciencia-mundo durante la primera modernidad de las dos sociedades estudiadas. A modo de síntesis se puede afirmar que la fortaleza del libro tiene que ver con el marco geográfico de estudio, las escalas micro y mesohistóricas de análisis, la lectura a profundidad de las fuentes y el uso de un estilo literario ameno.

En este sentido, aunque ya se ha planteado que Gruzinski no recurre a generalizaciones totalizantes en su argumentación, una lectura poco incisiva del libro podría llevar a la reificación de su argumento, relegando a un segundo plano los matices necesarios. La amplia perspectiva geográfica que sirve de base a sus reflexiones, junto con su coherencia argumentativa, podría conducir a concluir que sus hallazgos, circunscritos a medios *eruditos* muy específicos, pueden aplicarse indistintamente a las sociedades ibéricas, iberoamericanas e islámicas de la primera modernidad. Aunque el musulmán era parte del “imaginario mestizo” americano, no se puede afirmar que, fuera de ciertos sectores letrados de la élite y de algunos mercaderes, las poblaciones tuviesen una conciencia-mundo excesivamente desarrollada, en el sentido que se presenta en el libro.

Santiago Robledo Páez
Museo Nacional de Colombia

XAVIER PUIG PEÑALOSA. *RAFAEL TROYA: ESTÉTICA Y PINTURA DE PAISAJE*. LOJA:
UNIVERSIDAD TÉCNICA PARTICULAR DE LOJA / EDILOJA, 2015, 174 pp.

Xavier Puig expone en este libro sus estudios en torno a la obra paisajística del pintor ecuatoriano Rafael Troya (1845-1920), desde el punto de vista de la Estética y la Crítica de Arte. Troya se cuenta entre los pioneros de la pintura de paisaje en Ecuador (junto a Rafael Salas, Joaquín Pinto y más tarde Luis A. Martínez). Aunque estamos ante un artista que practicó todos los géneros pictóricos, será en el paisaje donde adquiera verdadera excelencia. Motivado por la maestría de Troya en este género, Puig se ha propuesto contribuir a un mejor conocimiento y comprensión de su obra, aplicando

una cuidadosa metodología de análisis en la que muestra de manera contextualizada la aplicación de las categorías de lo pictórico y lo sublime. Para enfrentarse al estudio de la obra de Troya, el autor se asienta en el medio de dos acontecimientos fundadores: el del Ecuador como nación, por un lado, y por otro el de la pintura ecuatoriana entendida como *arte*, poniendo atención a las condiciones socioculturales y políticas que sirven como telón de fondo al escenario del que se ocupa.

El libro se abre con una amplia exposición acerca del corpus teórico construido en la Europa del siglo XVIII, en torno a unos modos de relación entre el hombre y la naturaleza, novedosos para la época y que pasaron a integrar la esfera sensible de la moderna subjetividad humana. Puig nos traza claramente la trayectoria de ideas como 'imaginación', 'pintoresco', 'sublime', asociadas al cultivo de un 'gusto' individual promovido por las élites intelectuales de la Ilustración y que abrieron las puertas a un nuevo género en la pintura conocido desde entonces como 'paisaje' y que evolucionará desde su matriz clasicista hasta la romántica. Puesto que la estética de Troya se hace eco principalmente del romanticismo, veremos que se ponen en relieve aquellos aspectos del programa de la pintura de paisaje romántica que en su conjunto proponen la visión sentimental y contemplativa de la naturaleza sobre la base del estudio empírico, como expresión de una totalidad ético-estética que contribuye a la formación del sujeto. Debido a la tardía recepción del romanticismo en el continente americano y particularmente en Ecuador, resultan pertinentes las observaciones que Xavier Puig establece en el texto sobre el aporte de Alexander von Humboldt en la manera de ver la naturaleza y el paisaje ecuatoriano, puesto que en el naturalista alemán se aúna "el espíritu ilustrado con la sensibilidad propiamente romántica", combinación que, como luego se verá, tendrá mucha influencia en las bellas artes y la literatura del Ecuador.

En un segundo momento, el libro traza el contexto cultural del Ecuador en el siglo XIX, concentrándose particularmente en la recepción de la idea de "progreso" durante el gobierno de García Moreno. Este apartado es central porque expone las imbricaciones que se efectúan entre dicha idea, clave de la modernidad, las tortuosas conformaciones políticas de la naciente república que aprendía a tener nación y la fundación de una nueva forma de hacer pintura. En el medio de estas circunstancias se inscribe la fundación misma de lo que podemos llamar *stricto sensu* 'arte ecuatoriano', que para el género paisajístico se inaugura bajo presupuestos románticos. El artista romántico concibe la Naturaleza como una totalidad a la que se pertenece. Establece fuertes lazos afectivos con el territorio, siente el paisaje como suyo, lo cual se liga para el caso de Troya con la asunción de los Andes o el recorrido por la Amazonía como territorios propios de su nación. Mediante la integración

de los elementos plásticos propios de la composición, el cromatismo y el tratamiento de la luz, así como el riguroso estudio de los elementos singulares (las montañas, la vegetación, etc.), la obra de arte será tomada como el reflejo de la propia totalidad de la Naturaleza en la que el artista se proyecta como sujeto ético-estético.

En la tercera y última parte, el autor despliega un cuidadoso análisis crítico de la estética y la plástica que se conjugan en la pintura de paisaje de Rafael Troya. Los textos de este apartado, que comprende el cincuenta por ciento de la obra, se apoyan en una cuidadosa selección de pinturas del artista reproducidas en láminas de gran fidelidad. Sobre la base de lo escrito en la primera y segunda parte del libro, en esta tercera se evidencia el aporte de Xavier Puig a la metodología de análisis de obras de arte que se hacen en el territorio ecuatoriano, marcando una clara diferencia con la literatura artística al uso, y ampliando los importantes estudios sobre los que se apoya. Estas referencias se han distribuido en la bibliografía general y acompañan las oportunas explicaciones que el autor señala en las notas al pie a lo largo del libro, con lo cual, entre otras cosas, se refuerza la intención de Puig de centrar nuestra atención en los aspectos estéticos y artísticos que rodean la obra de Troya, dejando de lado datos biográficos o anecdóticos innecesarios.

Sin abandonar tal orientación, veremos en esta parte que se alude a la formación de Troya como pintor, en la esfera de influencia de la 'ortodoxia academicista' que dominó la pintura ecuatoriana durante la segunda mitad del siglo XIX. Al menos en lo que respecta a la pintura de paisaje, en Troya se opera un importante cambio tras el contacto con el naturalista Wilhelm Reiss y el vulcanólogo Alphons Stübel, científicos alemanes invitados por García Moreno. Troya colaboró en calidad de ilustrador especialmente con el segundo, entre 1871 y 1874. Se resalta la influencia de Stübel en particular porque a través de él accede a los planteamientos que Jean Baptiste Deperthes había expuesto en su *Teoría del paisaje* (1818), texto en el que, dicho sea de paso, se advierte una ponderada tensión entre los postulados y categorías estéticas propias del clasicismo y las más modernas –para la época– del romanticismo.

Puig pone en evidencia la puesta en funcionamiento de dichos planteamientos. En primer lugar, dos constantes estéticas de la obra de Troya: la especial y singular presencia de los elementos naturales trabajados con un "minucioso detallismo descriptivo", y la adecuación de la mayoría de sus pinturas de paisaje a las categorías de lo pintoresco y lo sublime. En segundo lugar, la materialización de esa estética a través de las "características artístico-formales" de la composición, uso del color y de la luz. Así pues, relacionado a la composición tenemos a su vez que puntualizar cuatro aspectos: el uso de los planos siguiendo una disposición diagonal de las áreas;

el equilibrio entre elementos estáticos y dinámicos del paisaje, así como entre la tendencia horizontal del formato y los elementos verticales; el diálogo 'ondulante' entre los perfiles de la orografía; y la inclusión de figuras humanas que funcionan a manera de indicadores de escala. En atención a la cromática se destaca el uso de "una paleta relativamente parca en su gama de colores" pero que se compensa con la riqueza de matices. Y en lo que atañe a la iluminación, se evidencia la maestría de Troya para manejar la luz describiendo una diagonal descendente que atraviesa el plano de composición y contribuye a destacar la presencia propia de los elementos en cada cuadro. Puig advierte que pese al dominio de estos planteamientos, en un número reducido de obras Troya pinta en clave neoclasicista, lo cual se advertiría plásticamente por el predominio del dibujo, y estéticamente por la presencia de un imaginario relativo a lo bucólico-pastoril o lo patético.

A manera de conclusión, debemos decir que el presente libro contribuye con dos valiosos aportes a las escasas investigaciones que sobre arte y estética se hacen en Ecuador. Por un lado, lleva más lejos los estudios que al momento se han hecho sobre pintores de la talla de Rafael Troya. Por otro lado, y lo que merece nuestra insistencia, el despliegue de la estrategia metodológica de Xavier Puig, susceptible de aplicar en muchos casos todavía por pensar en torno a las relaciones entre experiencia estética y creación artística en el ámbito ecuatoriano.

Diego González Ojeda
Universidad Técnica Particular de Loja

JULIÁN ANDREI VELASCO PEDRAZA. *JUSTICIA PARA LOS VASALLOS
DE SU MAJESTAD. ADMINISTRACIÓN DE JUSTICIA EN LA VILLA
DE SAN GIL, SIGLO XVIII*. BOGOTÁ: EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO
/ ESCUELA DE CIENCIAS HUMANAS, 2015, 274 PP.

La historiografía latinoamericana de los últimos años ha enfocado parte de sus estudios en el análisis de la administración de justicia durante el período colonial. A partir de una mirada cultural y social, los nuevos estudios sobre la historia judicial buscan renovar los enfoques tradicionales que analizaban la política indiana, las instituciones que administraban justicia y las formas de aplicación del derecho en las Américas, entre los siglos XVI y XVIII. Los trabajos más representativos provienen de aportes realizados desde la historiografía argentina, chilena y mexicana. Precisamente de este tema se ocupa *Justicia para los vasallos de su majestad. Administración de justicia en la villa de San Gil, siglo XVIII*, de Julián Andrei Velasco Pedraza. Fruto de su tesis de maestría en la Universidad Autónoma de México en 2015, la in-

vestigación busca contribuir al análisis de la administración de justicia en el virreinato neogranadino –a partir del estudio de caso de la villa de San Gil– haciendo hincapié en ámbitos como la jurisdicción de la monarquía católica en el siglo XVIII y la organización del Nuevo Reino de Granada entre 1689 y 1795. Se trata de un análisis *microsocial* que parte de la idea de *configuración* de la realidad, propuesta por Norbert Elías, y explica cómo se constituye la justicia a partir de relaciones, acciones y ámbitos sociales que se conectan entre sí. El texto está dividido en siete partes. En la primera se realiza un exhaustivo balance historiográfico. Además de introducir al lector en la temática de la justicia colonial en las Américas, se destacan los estudios más recientes del tema y varias ideas sobre la justicia y su aplicación en el período colonial. Entre sus propuestas se destacan: el contraste entre distintas perspectivas de estudio, el análisis de los diferentes tipos de justicia de la época y la importancia de enfocarse en casos regionales.

El segundo capítulo aborda el orden político y jurídico del Nuevo Reino de Granada y hace hincapié en las principales formas de gobierno en la Colonia para, finalmente, explicar la manera en la que estas políticas tuvieron incidencia en el gobierno jurisdiccional de la villa de San Gil.

De la mano con lo anterior se esbozan los aspectos más importantes del contexto regional de San Gil y se muestra cómo en este espacio hubo diferentes problemas y disputas gubernamentales durante el siglo XVIII. En este sentido, se llama la atención sobre la geografía y economía de la región, así como sobre los cambios jurisdiccionales y las variables gubernamentales de la villa a lo largo del período de estudio, en el cual se evidencian disputas en la determinación de los centros de poder político regional.

El cuarto capítulo se ocupa del estudio de la justicia como un valor indispensable para garantizar el *buen gobierno* durante el Antiguo Régimen, y esencial para ejercer el poder político. Además, este acápite reconstruye los principales cargos y oficios gubernamentales que existieron en San Gil a fines del período colonial. Este recurso permite entender las dinámicas de la administración de justicia y la coexistencia de diferentes jurisdicciones en la región estudiada.

Más adelante se indaga sobre la dimensión cotidiana de la justicia a través del análisis de las prácticas, acciones y actores de los trámites judiciales. De ahí la importancia de explicar la labor de escribanos, abogados y fiscales, entre otros, para comprender la justicia como una *práctica* que se vale de indicios y expresiones particulares de la cultura local, para resolver las querrelas que tenían lugar ante los tribunales. El capítulo siguiente puede considerarse una extensión del anterior, ya que evidencia cómo en la práctica había una serie de conflictos entre los oficiales que llevaban a cabo los procesos y la resolución de pleitos, a partir de cuatro casos de estudio.

La última parte del texto se ocupa de estudiar el panorama judicial de la villa a través de los litigios civiles mediante una exhaustiva reconstrucción de pleitos y detalles de las querellas. El aporte de este acápite, y lo que más llama la atención, es la propuesta metodológica que se esboza para comprender la realidad de la justicia sangileña del siglo XVIII, equiparando los procesos con un *juego judicial* en el que diferentes circunstancias, lógicas y estrategias, utilizadas por los litigantes, permiten obtener beneficios en función de sus intereses.

La investigación de Velasco constituye un aporte para los estudios microsociales de la justicia en tiempos coloniales. La propuesta parte de un caso particular de estudio y busca comprender las dinámicas jurídicas del siglo XVIII, valiéndose de conceptos clave del gobierno y el derecho colonial, y la forma cómo los mismos eran utilizados en la época. Asimismo, la idea de cuerpo social anclado a un lugar específico de la monarquía permite entender la complejidad de la justicia colonial y las dinámicas sociales que la misma implicaba para los oficiales que la ejercían, así como el significado de la jurisdicción (*iusdictio*) dentro de la monarquía compuesta.

La comprensión detallada de las fuentes y el uso de significados precisos de lo que entendían e interpretaban quienes redactaron los documentos, brinda al análisis sobre la justicia social neogranadina una connotación informada de su realidad histórica, al tiempo que permite a los lectores tener una idea de la manera en que las leyes operaban.

Sin embargo, habría sido útil para la investigación que la propuesta metodológica y teórica del autor no hubiese sido aplicada solo en los capítulos finales, cuando se presenta una exhaustiva descripción de los casos estudiados, pues de haber aparecido desde el principio, el análisis histórico y los aportes del texto hubieran sido más enriquecedores, así como la comprensión del espinoso y complejo tema de la justicia colonial.

No obstante, lo dicho no resta crédito a esta novedosa propuesta historiográfica –en el caso neogranadino–, sino que más bien invita a que nuevas investigaciones hagan uso de las miradas microsociales sobre la justicia y el derecho colonial. Al mismo tiempo que resalta la importancia de revisar con nuevas metodologías los textos ya escritos sobre la administración, la aplicación de justicia y los aspectos gubernamentales en el Nuevo Reino de Granada en los tiempos monárquicos.

Juan Sebastián Ariza
Universidad del Rosario (Bogotá, Colombia) /
Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador